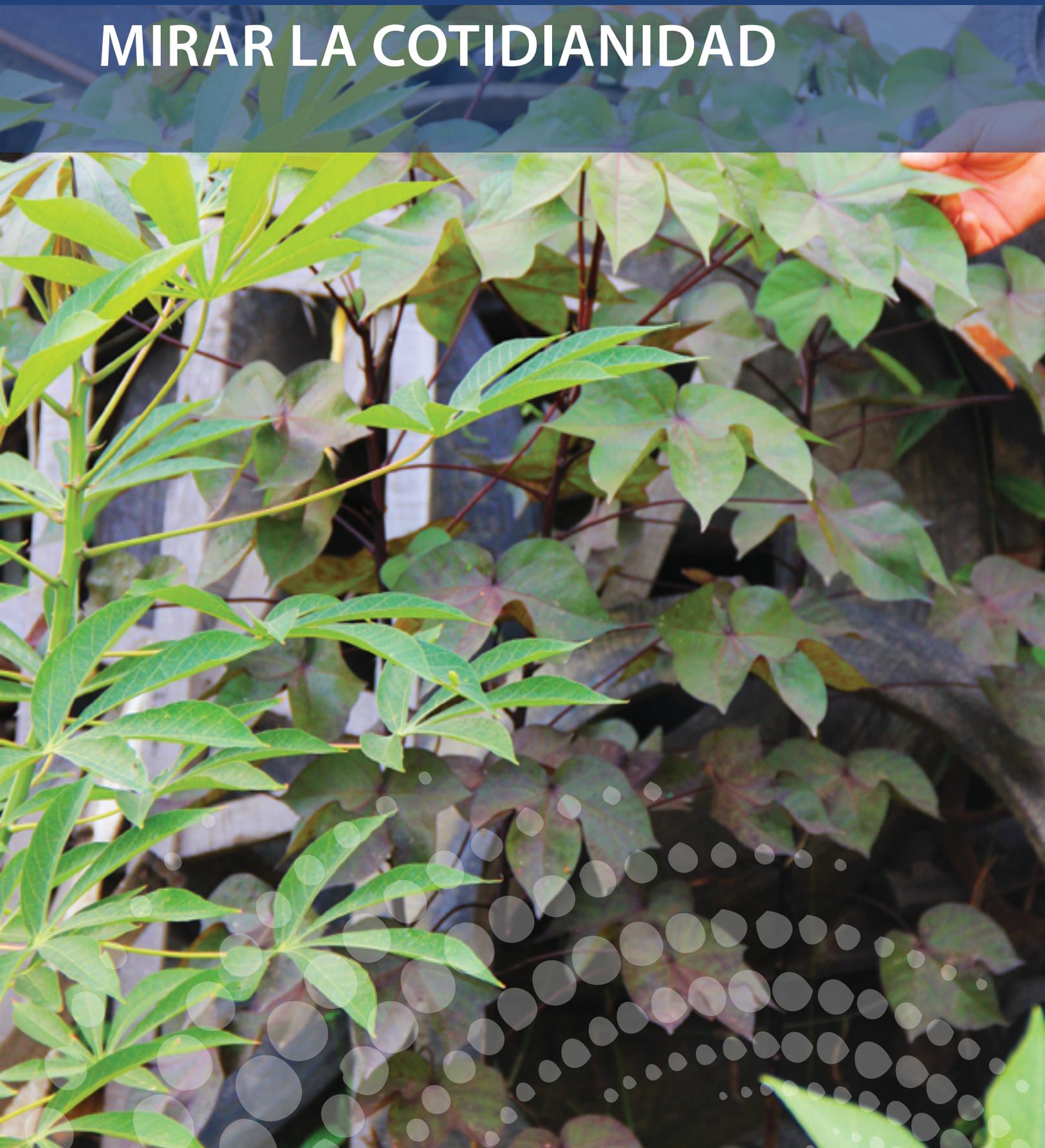


CRÓNICAS EDUCATIVAS

MIRAR LA COTIDIANIDAD



La vida después de vivirla: un relato sobre el diario transcurrir en un geriátrico

Álvaro Javier Vargas Villamizar
Magíster en Economía y Desarrollo
Docente Facultad de Economía
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia
Correo electrónico: alvaro.vargas@ustabuca.edu.co

Con el paso del tiempo, las vidas y las experiencias de muchas personas se guardan en un cajón de recuerdos. Esta es la historia de cuatro personas que, como muchas en Colombia, pasan sus últimos días de vida en un hogar geriátrico, y que al contrario de lo que muchos podrían pensar, su vivir está lleno de emociones y encuentros que en ocasiones están lejos de la mirada fría e indiferente de una sociedad que ellos mismos ayudaron a constituir. Llegaron allí no por un acto de egoísmo o abandono de sus familias, Al contrario, llegaron porque en ciertas ocasiones el mayor acto de amor es entender que muchas cosas se nos salen de las manos y por lo tanto tenemos que encargar a otros del cuidado de los nuestros, como si de una guardería para niños se tratase.

El inicio de un nuevo día

Son las cinco de la mañana, el frío de la madrugada está a tope y el viento de los primeros destellos de luz que se pueden ver desde el oriente, indican que por obra de la providencia un día más ha de llegar. En la Fundación Abrazando Corazones en Bucaramanga a esta hora, en la que es muy común escuchar a las aves cantar, un viejo radio mal sintonizado suena en el fondo con lo más reciente de las noticias. Es difícil creer que alguien está prestando atención a lo que, con tanto esmero, intentan transmitir los periodistas desde la cabina de radio, pero a su vez aquel ruido flotante, arrugado y poco

audible se convierte en una especie de mantra matutino. De esta forma inicia un día más como cualquier otro. No sé si es producto del paso de los años, o la costumbre que ya acumula en sus vidas muchos amaneceres, pero despertar a esta hora no parece acarrearles algún problema a los usuarios de la casa hogar.

La rutina es simple, al igual que sucede con cualquiera de nosotros en cada mañana, primero se hace necesario acudir por un buen baño, que puede ser de agua caliente o fría, de acuerdo con la preferencia. Sin embargo, aquellas refrescantes duchas con agua helada de antaño no parecen tener ya los mismos efectos sobre el cuerpo, porque los dolores coyunturales pueden asomarse. Con una sonrisa de ligera felicidad en el rostro, Isabel Ramírez, una mujer de 75 años nacida en Pinchote, me explica que el mejor momento para tomar un baño es en la mañana, “porque al que madruga Dios le ayuda y eso de estar uno puerco todo el día no es que sea muy bonito”. Luego de tomado el baño, el hambre no se hace esperar, y es que estar despierto desde las cinco de la mañana hace que sobre las siete el estómago empiece a ronronear como si de un gato consentido se tratara. Mientras tanto, en un puesto de alguna mesa aguarda un desayuno de caldo de papa con huevo, una arepa y un pocillo de agua de panela, alimentos que, sin temor a equivocarme, ha estado pensando un hambriento desde la noche anterior.

Ahora sí, que empiece la diversión

Después de logrado el “primer golpe” como coloquialmente muchos suelen referirse al desayuno, llega la hora de sacar a flote la vida social. Hernando Soto, de 75 años, oriundo de la Ciudad Bonita y odontólogo de profesión, no escatima esfuerzos en mostrar su satisfacción al pasar sus mañanas jugando parqués con algún otro incauto abuelo que tiene menos destrezas en el juego que él. “La clave está en estar más pendiente del juego del otro que del de uno, así es más fácil soplarle las fichas y mandarlo a la cárcel; es un error que siempre cometen”, dice con una carcajada, al mismo tiempo deja ver en su rostro lo mucho que disfruta saber lo bueno que es en lo que hace.



Hernando Soto - 75 años. Bucaramanga

Él se encuentra allí como muchos otros ancianos que por designios de la vida envejeció solo, y que, a pesar de tener hijos, estos tienen que trabajar, atender sus hogares y familias, razón por la cual se convierte en un verdadero reto cuidar de ellos.

El ambiente está lejos de ser el de un lúgubre ancianato, es evidente a simple vista que cada paciente tiene una rutina que se adapta a sus

gustos. Por ejemplo, mientras Hernando juega parqués, en un rincón junto a su caminador se encuentra Barbarita (como todos le dicen de cariño) escuchando fielmente las rancheras de Pedro Infante, Javier Solís o Vicente Fernández. Esta mujer de 87 años nacida en Vetas no tuvo por causas del destino la posibilidad de pronunciar una palabra, pero como regalo de la vida desarrolló un extraordinario sentido del oído. Tal vez por esta razón disfruta tanto la música, porque lo que no puede transmitir a través de las palabras lo hace con el gesto de sus delicadas manos. Cuentan sus familiares que Barbarita nunca buscó novio y siempre se dedicó a las labores de la casa. Curiosamente, un día, a sus 84 años se miró al espejo y le hizo saber a través de señas a su sobrina que “ya me salieron arrugas en la cara y no me he casado”. Tal vez pueda sonar jocosos, pero este es un tema realmente serio para Barbarita, de hecho, me manifiesta que pronto tendrá lugar su matrimonio y que estoy especialmente invitado.

El paso de una tranquila tarde y la llegada de la noche

Luego de una mañana agitada por la diversión y un almuerzo rápido y rutinario, se asoma la llegada de los quehaceres. Y es que gracias a esas costumbres de toda la vida que son difíciles de dejar atrás, Rosa Barón de 85 años y proveniente de Coromoro muestra especial gusto por doblar y organizar su ropa. Se sienta muy comedita en una pequeña banca de madera a separar prenda por prenda y a elegir en qué orden debe ser doblada y guardada. Ella es una mujer que desde lejos deja ver que tiene un corazón generoso, y que cuando se trata de dar no tiene reparos. De hecho, recuerdo uno de mis cumpleaños, aquel día sacó de sus pertenencias once mil pesos en monedas que tenía ahorrados en una vieja bolsa plástica de color azul, los puso sobre mi mano y cerrándola con las suyas me dijo “Aunque sea poquito para que se compre una tortica”, acto que de forma ineludible movió las fibras de mi corazón al ver que ese viejo dicho “Quien menos tiene,

es quien más da" cae como anillo al dedo en esta situación. Siempre lleva consigo su bastón, amigo y cómplice que la acompaña a donde quiera que va, quien es testigo de su amorío secreto con Hernando a quien acompaña cada vez que puede. Pues a pesar de los años, por fortuna el amor se niega a abandonar nuestros cuerpos, que indiferentemente de arrugados y ajados siempre busca una grieta por donde entrar.



Rosa Barón - 85 años - Coromoro

En medio de la sala se encuentra Isabel con su pequeño y viejo cuerpo agachado por el peso de los años, haciendo lo que mejor sabe y le gusta hacer: mamarle gallo a todo el mundo. Ella siempre vive contando chistes a cuanta persona se le atraviesa y sin pelos en la lengua dice "yo fui muy terrible en la vida, siempre fui chiquitica, pero nunca me dejé de nadie. Si uno deja que pasen por encima de uno está acabado". La forma como lo dice deja ver a todas luces que realmente habla en serio, a pesar de haber nacido en una época dominada por hombres, no ahorra energías en dejar ver que siempre ha sido una "santandereana verraca" y que la valentía ha sido una fiel compañera desde que era tan solo una niña. Es de actitud extrovertida y franca,

le gusta la controversia y ama poner apodos a cuanta persona ve: el burro con sueño, la nutria, el bagre y la enamorada son adjetivos a modo de sobrenombre que no teme utilizar en el momento menos esperado. "La vida es pa' reírse y yo no lo hago con malas intenciones. El problema es que la gente es amargada y por eso es por lo que se arrugan rápido" dice remedando a sus compañeros de asilo, mientras saca desde lo más recóndito un movimiento de mimo improvisado, pero muy bien logrado. Ella ama pasearse de lado a lado imitando la manera en la que sus compañeros caminan. Cuenta que al principio "muchas personas se calentaban" pero que "luego se dieron cuenta que era solo para reírse un rato" haciendo movimientos exagerados y caricaturescos para llamar la atención y recibir aplausos de todos.



Isabel Ramírez - 75 años - Pinchote

Cae la tarde y con ella la luz tenue indica que ya es hora de ir a descansar. Con calidez cada uno de ellos se despide a sus aposentos luego de haber cenado. Empiezan a aparecer en el escenario suaves y blancas pijamas, como si de un ritual coordinado fuese. Las palabras de agradecimiento por la visita no se hacen esperar y un "¿Cuándo vuelve?" se escapa entre el tumulto

mientras es difícil discernir quién lo ha preguntado. Barbarita, a diferencia de los demás, tiene por costumbre despedirse dando un beso en la

mano, al igual que en los cuentos como si se tratase de un príncipe azul a su doncella, a través de una inocente y conmovedora muestra de cariño. Seguro estoy que "la vida después de vivirla" sigue y que añoro pronto poder volver a tener la oportunidad de visitar a mis queridos abuelos y ver a Isabel, Rosa, Barbarita y Hernando haciendo de las suyas en los días que pasan cuando ya el final de la vida está a la vuelta de la esquina.



Bárbara Chaparro - 87 años - Vetas.

Fotografías: Álvaro Javier Vargas Villamizar